

# El mundo que han perdido

## Una evaluación de las transformaciones en Europa Oriental

---

Miguel Ángel Centeno  
Tania Rands

### INTRODUCCIÓN

Desde 1989, el análisis de las transiciones políticas y económicas se ha convertido en una especie de industria académica artesanal.<sup>1</sup> El presente artículo no proporciona otra explicación paradigmática más sobre lo que ocurrió realmente en Europa Oriental o lo que ocurrirá, sino que constituye una instantánea panorámica sobre lo mucho que ha cambiado en los últimos años. Indagamos a qué sectores les ha ido mejor y peor, e intentamos proporcionar un amplio estado de cuentas sobre el proceso reformador. Esperamos que sirva como punto de partida para una conversación acerca de los costes y beneficios de la revolución de 1989; sobre lo que nos dicen de esas sociedades y, en general, del propio carácter de las transiciones.

Es evidente que un lienzo tan extenso debe prescindir de cuestiones y casos esenciales.<sup>2</sup> Los retratos hechos con datos agregados pierden muchos de los detalles más interesantes. Por ejemplo, el progreso macroeconómico puede esconder con frecuencia miseria en el nivel micro. Además, cualquier análisis cuantitativo de Europa Oriental será víctima de lo que, siendo amables, podemos denominar incertidumbre estadística.<sup>3</sup> De nuevo, el centrarnos en medidas y movimientos muy amplios nos ha permitido alguna libertad a la hora de extraer conclusiones provisionales sobre el sentido más general de esa transición.

---

<sup>1</sup> Para consultar algunos resúmenes de esta bibliografía, véase Centeno, 1994; Przeworski y otros, 1995, y Domanski y Heyns, 1995.

<sup>2</sup> Nuestra elección de los temas se vio en parte determinada por el tipo de información disponible, aunque también se basó en nuestra percepción de qué áreas se verían más afectadas. Nos hemos limitado a los casos europeos, ya que la situación en Asia Central y Oriental, así como en el Caribe, ha tenido una dinámica muy diferente (por no decir algo peor). Siempre que ha sido posible hemos incluido el caso de Kazajstán para proporcionar algún punto de contraste. En general, también hemos prescindido de la antigua Yugoslavia y de la República Democrática Alemana, ya que ambas representaron circunstancias y resultados únicos.

<sup>3</sup> Salvo en los casos específicamente indicados, nuestros datos proceden de las siguientes fuentes estadísticas: *Statistical Yearbook of the Czech Republic*, 1994, 1995; *Statistical Yearbook of Hungary*, 1994, 1995; *Rocznik Statystyczny (Polish Statistical Annual)*, 1994, 1995; *Romanian Statistical Yearbook*, 1994, 1995; *Statistical Yearbook*, 1994 de la República de Bulgaria, y *Russia and Eurasia Statistical Yearbook*, 1995.

Dichas conclusiones pueden resumirse de la siguiente manera: [1] el proceso de transición ha tenido un carácter errático en el antiguo bloque comunista y se han registrado grandes diferencias en cuanto al comportamiento económico y los costes sociales. Sorprendentemente, quizá la reforma política haya sido el cambio más habitual. Llama la atención el gran número de antiguos países comunistas que ha desarrollado y conservado un marco de prácticas democráticas. [2] La transición ha hecho jirones el tejido de la sociedad civil. Según fuentes anecdóticas, los vínculos familiares y de amistad se han visto afectados por nuevas tensiones y presiones relacionadas con el mercado. Igualmente preocupantes son los datos que apuntan a la merma de los espacios públicos, que tan esenciales son para la reconstrucción de la sociedad civil. [3] En algunos países, sobre todo en la antigua Unión Soviética, los costes sociales de la transición han sido bastante elevados. No obstante, parece que la población ha ideado estrategias de supervivencia que le han permitido disfrutar de un nivel de vida parecido al que tenía anteriormente. [4] No encontramos datos que avalen la tesis de que es necesario un control autoritario para llevar a cabo reformas económicas. Parece que, en todo caso, ocurre lo contrario (*véanse los gráficos I y IV*). Sí parece importar que el Estado sea lo suficientemente fuerte como para garantizar la continuidad institucional y el mantenimiento de los servicios básicos. [5] Finalmente, la desigualdad social ha aumentado en todos los casos. Los países de Europa Oriental han quedado mucho más divididos, ya sea en razón de la clase, la etnicidad, el género o la edad. Parece haber una correlación negativa entre dicha desigualdad y la reforma, tanto política como económica.

En términos generales, hemos descubierto que la transición que sigue una vía socialdemócrata, en la que se combinan las fuerzas del mercado, las prestaciones asistenciales, la participación democrática y el imperio de la ley, supone la opción más rápida y segura para alcanzar un nuevo orden político y económico. El capitalismo necesita un Estado y la democracia precisa de justicia social.

En el resto del artículo se analizan estos cambios de manera más pormenorizada. El primer apartado se ocupa de las transformaciones políticas. Le sigue una descripción somera de las económicas, en la que se presta una especial atención a sus consecuencias sociales. El último apartado aborda algunos de los cambios culturales. La conclusión incluye algunas comparaciones con América Latina.

#### LA REFORMA POLÍTICA

Con el fin de calibrar hasta qué punto las revoluciones de 1989 han mejorado el entorno político de Europa Oriental, establecimos tres criterios que suelen aceptarse como requisitos imprescindibles para la existencia de democracia: la posibilidad de relevo en el gobierno, la existencia de libertad de prensa y el respeto por los derechos humanos (*Gráfico I*).

Kazajstán es el único país de nuestra muestra en el que los líderes anteriores a 1989 siguen estando en el poder. Nazarbayev ha logrado reproducir un sistema autoritario encabezado por él mismo y hay pocos indicios de que exista en

el país una oposición organizada de relevancia. En Rumanía, el Frente de Salvación Nacional dominado por la *nomenklatura* ha conservado el control y se las ha arreglado para sofocar a la mayoría de las voces opositoras. Casi todos los demás países importantes han asistido, como mínimo, a un relevo de poder o a una derrota significativa de las coaliciones gobernantes desde el comienzo de las revoluciones de 1989 (*Cuadro I*). Aunque Occidente no mire con buenos ojos una victoria de los comunistas en las próximas elecciones rusas, la posibilidad de que Yeltsin sea obligado a dejar el poder democráticamente da fe de hasta qué punto se ha transformado la situación política. Ucrania, Bielorrusia y Albania son posibles excepciones a esta pauta, puesto que sus elecciones resultan cuestionables y la influencia de sus *nomenklaturas* continúa siendo grande.

Una de las mejoras políticas más extendidas en toda Europa Oriental ha sido la creciente libertad de prensa, sobre todo el enorme incremento del acceso a los medios extranjeros y la mayor apertura a ideas del exterior. Uno de los indicadores de este hecho es la cantidad de llamadas telefónicas entre los países del Este de Europa y el resto del mundo (*Gráfico II*). El fax, el correo electrónico y la CNN constituyen importantes obstáculos potenciales para un retorno al autoritarismo.

No obstante, los procesos de liberalización y privatización de los medios de comunicación *nacionales* han sido más erráticos. Bielorrusia, Kazajstán y, quizá, Albania y Eslovaquia, presentan las trayectorias más deprimentes en cuanto a privatizaciones y tolerancia de las críticas al gobierno en la prensa. Han surgido medios de comunicación independientes, pero el Estado y una férrea censura dominan la radio, la televisión y muchos periódicos.<sup>4</sup>

Entre los países donde se registra una mayor libertad de expresión y un desarrollo de los medios independientes, se encuentran los bálticos, Bulgaria, Rumanía, Rusia y Ucrania. En la mayoría de ellos se han aprobado leyes prohibiendo los monopolios de prensa estatales, y el control de la radio y la televisión ha pasado a organismos parlamentarios. Aunque esté aumentando el número de emisoras de radio y de canales de televisión, casi toda la red de transmisión sigue siendo de propiedad estatal.<sup>5</sup> La República Checa, Hungría y Polonia presentan los mejores indicadores en cuanto a libertad de prensa (*Deutsche Presse-Agentur*, 25 de octubre de 1995; *The Prague Post*, 15 de noviembre de 1995; MTI Econews, 8 de marzo de 1996; informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Poland Human Rights Practices 1994*, marzo de 1995).

La política posterior a 1989 presenta dos elementos claramente negativos: los derechos de las minorías y la delincuencia. En primer lugar, cada vez es

<sup>4</sup> En Bielorrusia, por ejemplo, sigue existiendo un monopolio estatal sobre la prensa, la radio y la televisión (*Agence France Press*, 30 de noviembre de 1995) y, tanto en Albania como en Eslovaquia, los medios de comunicación independientes se han quejado de la existencia de impuestos agobiantes que amenazan con ponerles fuera de juego (*Deutsche Presse-Agentur*, 24 de febrero de 1996).

<sup>5</sup> En Bulgaria, algunas emisoras de radio se han quejado de que sus licencias, en comparación con las de las estatales, limitan excesivamente la potencia de sus emisiones (informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Bulgaria Human Rights Practices 1994* [marzo de 1995]).

más evidente que, muy en la línea de lo previsto por Tocqueville, la democracia puede suponer la opresión de una minoría por parte de la mayoría. Los países con un comportamiento más positivo desde el punto de vista de los derechos humanos son la República Checa, la antigua Alemania del Este, Hungría, Polonia y, quizá, Ucrania (*Gráfico I*). Human Rights Watch declaró que la trayectoria de la República Checa ha mejorado considerablemente, salvo en lo relativo a la discriminación que sufre la minoría romaní —gitana— (CTK, agencia de noticias checa, 1 de febrero de 1995). En Polonia se han registrado protestas y concentraciones sin incidentes, pero la fuerza política de la Iglesia católica ha preocupado a muchos observadores (informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Poland Human Rights Practices 1994*, marzo de 1995). Ucrania ha aprobado políticas permisivas para las minorías legales, junto a instituciones para mantener los derechos étnicos, y el número de acciones antisemitas ha disminuido. No obstante, en 1994, un destacado defensor de los derechos humanos afirmó que los decretos presidenciales para acabar con la delincuencia atentan contra los derechos humanos individuales (*Current Digest of the Post-Soviet Press*, 7 de septiembre de 1994).

El principal problema en los países bálticos lo constituyen las leyes de ciudadanía que discriminan a la nutrida minoría rusa (un tercio de la población en Estonia y Letonia) (TASS, 19 de octubre de 1994; Agencia de noticias BNS, Tallin, 12 de abril de 1995). En el caso de Lituania, el Consejo de Europa descubrió violaciones de los derechos humanos más graves; se cita el uso de las detenciones ilegales y la discriminación contra las minorías religiosas (radio lituana, Vilna, 27 de abril de 1995).<sup>6</sup> En Rusia continúan registrándose graves y generalizadas violaciones de los derechos humanos. Muchos han criticado a Yeltsin por conceder amplios poderes a la policía y por su política en Chechenia, aludiendo al «mayor secretismo político» y señalando que Rusia está en vías de retomar el totalitarismo y que cada vez está más militarizada (*Austin American-Statesman*, 6 de febrero de 1996, p. A4).<sup>7</sup>

Los demás países han tenido un comportamiento aún más cuestionable en cuanto al respeto a los derechos humanos. La discriminación de las minorías étnicas y religiosas (sobre todo de los gitanos) parece estar aumentando en Albania, Bulgaria, Kazajstán, Rumanía, Rusia, Eslovaquia y Eslovenia. Sobre el papel, todos estos países disfrutaban de una nueva libertad de expresión, pero los gobiernos de Albania, Bielorrusia, Kazajstán y Rumanía, como mínimo, han seguido impidiendo, en mayor o menor medida, que dicha libertad ampare las manifestaciones habladas y religiosas, así como el derecho a reunirse. La policía recurre excesivamente al uso de la fuerza y muchos informes apuntan

<sup>6</sup> Otras fuentes mencionaron palizas a los detenidos, utilización cuestionable de la vigilancia policial y medidas contra la delincuencia que cohiben el derecho a un juicio rápido (informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Lithuania Human Rights Practices 1994* [marzo de 1995]).

<sup>7</sup> Véanse también una entrevista con Sergei Kovaliov, miembro destacado de la Comisión Presidencial para los Derechos Humanos (radio NPR, 12 de octubre de 1995).

que aún pervive la práctica, habitual en la época soviética, de someter a los reclutas a brutales novatadas.

La delincuencia es uno de los obstáculos más citados cuando se analiza por qué no mejora la situación de los derechos humanos (*Gráfico III*). Al tiempo que ha desaparecido de la vida de las personas un aparato estatal opresivo, se ha producido un aumento de la criminalidad y ha surgido la amenaza de la violencia en la vida cotidiana. En muchos casos, la situación se ha visto agravada por las dificultades que han encontrado los nuevos estados para renovar el ordenamiento jurídico. Por ejemplo, en la antigua Unión Soviética parece que con frecuencia el único organismo que puede hacer cumplir contratos y servir de mediador es el crimen organizado; a veces sustituye al gobierno en la censura de la prensa. Ciertas revelaciones sobre la delincuencia organizada en medios impresos han producido la muerte de periodistas y editores, e incluso asesinatos en varios países.<sup>8</sup> Al informar sobre Rusia, un periódico sugería que «... la línea que separa los asesinatos de tipo político y las actividades criminales se ha convertido en algo difícil de distinguir» (*The Atlanta Journal and Constitution*, 2 de febrero de 1995).

Aunque en muchos casos la marea criminal se iniciara realmente en los años 80, sí se ha incrementado con la independencia y la liberalización, y el auge de los delitos contra la propiedad es especialmente apreciable. El número de delitos relacionados con el alcohol y las drogas también se ha disparado considerablemente, aunque puede que éstos fueran poco denunciados en los años 80. Con pocas excepciones, el número total de delitos denunciados ha aumentado al menos en un 50% entre 1989 y 1993. Lo que más preocupa es la transformación sufrida por los delitos graves. En Rusia, por ejemplo, los relacionados con armas de fuego aumentaron en un 250% y el número de crímenes cometido por grupos organizados aumentó un 28% en un solo año (*Russia and Eurasia Facts and Figures Annual*, 1995, p. 168).

El panorama político global muestra una mejora desde los puntos de vista organizativo y de la libertad de expresión, pero los logros son cuestionables en cuanto a los derechos de las minorías. Además, los avances relativos a la institucionalización y la capacidad de aplicar leyes y políticas aún son muy insuficientes. En la mayoría de los países, los presidentes conservan más poder que los poderes judicial y legislativo, lo cual deja las políticas de protección de los derechos humanos en manos de un único individuo. Eslovaquia, por ejemplo, hizo progresos con Moravcik, pero la llegada de Meciar produjo una ofensiva contra la libertad de prensa, una falta de acceso equitativo a la televisión para realizar campañas políticas y un aumento de la discriminación para la minoría húngara (CTK, agencia de noticias checa, 1 de febrero de 1995). La mejora en el panorama de los derechos políticos dependerá en gran medida de que se logren gobiernos más representativos, sometidos a un sistema más eficiente de frenos y contrapesos. No obstante, si pensamos en la

<sup>8</sup> Se han mencionado casos concretos en Polonia y Rusia.

distancia recorrida y en el entorno en el que han tenido lugar estas transformaciones, la transición ha sido notable.

### LA ECONOMÍA

El progreso de las economías de Europa Oriental hacia el mercado ha sido desigual (*Gráficos IV y V*). Los países más occidentales han aventajado claramente a los demás. Es evidente que parte de la explicación puede residir en la experiencia de reformas anteriores (Polonia, Hungría o Checoslovaquia), así como en el papel que a lo largo de la historia ha tenido la propiedad privada en algunos sectores (por ejemplo, en la agricultura polaca). El caso de los países bálticos indicaría que el hecho de haber tenido experiencias anteriores con el mercado (aunque haya sido hace varias décadas) también puede tener un papel importante.

### GANADORES Y PERDEDORES

Después de un drástico declive durante los primeros dos años de transición, Hungría ha conseguido volver en 1996 a los niveles de producción de mediados de los 80 (*PlanEcon Report*, XI, 45-46, 23 de enero de 1996). Hungría fue uno de los países que lideró el impulso privatizador y el gobierno tenía la intención de haber vendido todas las empresas estatales en 1997. A largo plazo, la deuda sigue siendo un problema, que se acerca al 100% del PNB. Las cifras de desempleo oficial eran relativamente bajas (el 10'2% en noviembre de 1995), pero el tamaño de la población activa ha disminuido en 700.000 personas. La economía polaca había recuperado los niveles de 1985 en 1994, y en los últimos dos años ha sido testigo de un crecimiento excepcional, sobre todo industrial (*PlanEcon Report*, XII, 3-4, 7 de febrero de 1996). La privatización está progresando. No obstante, al igual que ocurre en Hungría, existe un déficit comercial permanente y una deuda considerable. El paro ha disminuido desde la cifra récord de 1993, pero sigue siendo alto (un 14'9%). Los salarios, que se acercan a los 400 dólares al mes, eran los más elevados de Europa Oriental. La economía checa también parece haber recuperado gran parte del terreno perdido desde 1989 (*PlanEcon Report*, XI, 41-42, 15 de diciembre de 1995). Quizá el rasgo más notable de la transición checa haya sido la ausencia de un paro masivo, pero es improbable que se mantenga esta tendencia si persisten los desequilibrios comerciales. Si incluimos estimaciones del crecimiento de la economía sumergida, la economía eslovaca se sitúa realmente por encima de los niveles de 1989, y en 1995 disfrutó de un crecimiento de más del 7% (*PlanEcon Report*, XII, 9-10, 18 de abril de 1996). Se han producido muchas privatizaciones y ahora el sector privado representa el 60% del PIB. A pesar de este crecimiento, el desempleo siguió siendo elevado (casi el 15%). Todos estos países han conseguido estabilizar sus divisas y (con la excepción de Eslovaquia) han atraído considerables inversiones extranjeras.

Otros han tenido mucho menos éxito. La economía búlgara ha detenido por fin el desastroso descenso iniciado en 1989, pero su tamaño se ha reducido casi en un tercio (*PlanEcon Report*, XI, 47-48, 31 de enero de 1996). El

desempleo se situaba en torno al 15% y se esperaba que aumentara después de la privatización masiva prevista para 1996. Los salarios reales siguieron disminuyendo (un 30% desde 1992). Las únicas zonas de luz son el superávit comercial que se inició en 1994 y una deuda externa relativamente pequeña. En términos económicos, Rumanía tocó fondo en 1992 y, a pesar de un cierto crecimiento reciente, aún sigue registrando niveles de producción inferiores a los de comienzos de los 80 (*PlanEcon Report*, XII, 11-12, 23 de abril de 1996). Al igual que ha ocurrido en Bulgaria, en Rumanía han disminuido los déficits estatal y comercial, y el país disfruta de los niveles de endeudamiento más bajos de todo el antiguo bloque comunista no soviético. Al final, la privatización también está progresando. El desempleo se ha reducido ligeramente desde su punto culminante a finales de 1993, pero el gobierno calculaba que ascendería hasta el 14'2% a finales de 1995. Uno de los problemas más preocupantes es que el 72% del paro afecta a trabajadores manuales con pocas posibilidades de encontrar empleo en la nueva economía.

Desde 1989, Ucrania, Bielorrusia y Rusia siguen siendo los «casos perdidos» más alarmantes (*PlanEcon Report*, XII, 1-2, 31 de enero de 1996). La economía rusa oficial ha perdido el 40% de su producción desde 1990 y en 1995 sufrió un declive adicional del 4%. Ucrania y Bielorrusia se encuentran en una situación aún peor. Sólo entre 1993 y 1994, la economía bielorrusa se redujo a la mitad y se calculaba que el desempleo estaba situado en el 50%. En Ucrania, la economía sumergida representaba el 40% del PNB y el salario medio mensual era inferior a 15 dólares estadounidenses (Freedom House Survey Team, *Freedom in the World 1994-1995*). No obstante, en 1995 se podían apreciar ciertas mejoras, sobre todo en la industria rusa. El sector privado (que ahora representa el 70% del PIB) parecía ser la principal fuerza impulsora de este giro. Una victoria considerable fue el descenso de la inflación, que, aunque seguía siendo elevada, ya no se acercaba a los niveles de crisis anteriores (por ejemplo, un 245% de incremento mensual a principios de 1992). Las elecciones de julio de 1996 y el mantenimiento de la guerra en Chechenia podrían poner en peligro este logro. Oficialmente, el paro en Rusia se situaba en el 8'1%, pero en esta cifra no se incluye a los muchos trabajadores que se encuentran en situación de permiso forzoso y no remunerado. El sueldo medio en Rusia ascendía a 155 dólares mensuales.

#### LA POBREZA

Muchas de estas transformaciones económicas han sido desastrosas para ciertos sectores de la población. Por ejemplo, en 1992, las Naciones Unidas consideraban que alrededor de la mitad de los búlgaros y de los rumanos, y en torno a dos tercios de los rusos, vivían en la pobreza (United Nations Economic and Social Council, 1994, p. 27).<sup>9</sup> Disminuyó el número de empleos y, en algunos casos (por ejemplo, en Bulgaria y Estonia), la reducción se cifró en un tercio (ILO, *Yearbook of Labour Statistics*, 1994, cuadro 3B). En algunos sectores (como

<sup>9</sup> Una medida más perceptiva daba una cifra del 32% en Rusia (*Transition*, 1995c, p. 7).

en la agricultura checa), el número de trabajadores se ha reducido a la mitad (*Statistical Yearbook of the Czech Republic*, 1995, cuadro 10-2). En Polonia, los únicos sectores que han registrado un crecimiento del empleo son el comercio, la administración y las finanzas, mientras que la industria ha quedado diezmada (*Rocznik Statystyczny*, 1994, p. 119). En Rusia se perdieron casi un millón de puestos fabriles sólo en 1992, mientras que en Rumanía se perdió ese mismo número de empleos entre 1990 y 1992 (*Russia and Eurasia Facts and Figures Annual*, 1995, p. 171; *Romanian Statistical Yearbook*, 1994). En consecuencia, los salarios también han disminuido, salvo en Polonia y Hungría. En Rusia y Bulgaria esta reducción ha sido catastrófica (*Gráfico VI*).

El impacto social de estas transformaciones ha sido considerable, aunque menos de lo que cabría esperar. Hemos analizado tres indicadores posibles: el consumo de alimentos, las cifras sanitarias y los datos demográficos.

Aunque los alimentos parecen estar consumiendo gran parte de los ingresos en algunos países (Rumanía y Bulgaria), en otros (Polonia) su importancia relativa ha disminuido (UNICEF, Centro Internacional para el Desarrollo Infantil, *Third Monitoring Report, Income Distribution and Poverty*, anexo). Descendió el consumo de algunos alimentos, como la carne (*Gráfico VII*), pero en algunos casos esta tendencia fue acompañada de un aumento en el consumo de frutas y verduras. Es interesante constatar que el consumo de alcohol se ha reducido drásticamente en muchos de los antiguos países satélite. No hay cifras comparables para la antigua Unión Soviética, pero los datos de opinión pública mostraban que había poca gente que subsistiera sin artículos básicos (Rose, 1993). (El consumo de alcohol sigue siendo muy elevado). En 1994, el 77% de los rusos respondía que «se las arreglaba» sin gastar sus ahorros y sin pedir dinero prestado (Rose y McAllister, 1996, p. 12). Estas respuestas pueden compararse positivamente con las obtenidas en Europa Occidental. Resulta sorprendente que a los rusos, a pesar de la situación de su economía agregada, parezca irles mejor a este respecto que a otros europeos del Este (quizá porque sus expectativas son menores). Los peor parados parecían ser los búlgaros, ya que sólo un 45% de ellos respondía en 1992 que se las iba arreglando (en la mayoría de los países de Europa Oriental esta cifra se situaba entre el 60 y el 70%) (Rose y Haerpfer, 1994a, pp. 3-28, 11; 1994b).

En resumen, el hambre no parece ser un fenómeno social *masivo* en ninguno de estos países. Con esto no se pretenden negar las penurias de muchas personas ni los sufrimientos de un gran número de europeos orientales desde 1989, sino subrayar la relativa prosperidad de esos países.

No se registran cambios notables en indicadores sanitarios habituales como la mortalidad infantil y la maternal (las excepciones son Letonia y Lituania, donde el aumento de estos indicadores es alarmante), pero las tendencias a largo plazo pueden ser menos alentadoras. La distribución de las causas de defunción tampoco indica un gran cambio en la infraestructura sanitaria básica. Por ejemplo, no se ha registrado un aumento notable de las muertes relacionadas con la malnutrición. Algunas enfermedades infecciosas como el cólera (especialmente sensibles a los cambios en los indicadores de



salud pública) parecen haber vuelto a Rusia en los últimos años, pero no hemos conseguido obtener datos sistemáticos al respecto.

El resultado más espectacular de la revolución de 1989 se ha registrado en la reproducción natural de la población (*Gráfico VIII*) (Heleniak, 1995). En toda Europa Oriental, la tasa de aumento natural se ha derrumbado. Aunque dicho proceso se inició a comienzos de los años 80, desde 1989 presenta una aceleración sin precedentes. Estonia y Letonia parecen haber sido los países más afectados, pero Rusia, Bielorrusia, Ucrania y Rumanía también han asistido a un drástico giro (durante un tiempo Hungría ha tenido una tasa de natalidad neta negativa). En Polonia, el índice de crecimiento natural sigue siendo positivo, aunque se haya reducido a la mitad desde 1989. Sólo Checoslovaquia (hasta 1992) parecía mantenerse relativamente estable. En algunos países de la antigua Unión Soviética, las tasas de fertilidad totales se han reducido en un 30%, lo cual supone un ajuste sin precedentes en cuanto a su rapidez.

¿Hay que achacar esta reducción a los cambios económicos? Como en estas zonas ya estaban apareciendo graves problemas sanitarios antes de 1989, resulta difícil determinar hasta qué punto la transición es directamente responsable. Hay que tener en cuenta la posible incidencia de los daños sufridos por el medio ambiente, pero la dispersión de las tasas y el hecho de que otros países de Europa Occidental cercanos no sufran reducciones tan enormes indica que, al menos en parte, los factores sociales deben de ser responsables. En general, se están encarando los peores casos de contaminación industrial (aunque lugares como Norilsk y Nickel, en Rusia, siguen siendo infiernos contruidos por el hombre), pero esos logros pueden verse compensados por fenómenos como el aumento del número de automóviles. En líneas generales, hay una notable escasez de datos en relación con este asunto.<sup>10</sup> La desaparición de las políticas natalistas y de protección de la infancia también puede explicar parte de la reducción. Otro de los factores puede ser el tamaño relativamente reducido de la cohorte en edad fértil situada realmente en los años en los que se concibe. Pero no siempre es así en todos los países. Creemos que los principales culpables son la incertidumbre y la pobreza que se han visto asociadas a los acontecimientos de 1989.

Tres fuerzas diferentes pueden estar produciendo tal resultado. En primer lugar, el aumento de la tasa bruta de mortalidad (que en algunos casos se acerca al 50%), a consecuencia del derrumbamiento de las redes sanitarias en algunos de estos países, así como la depresión que sufren muchas personas en las poblaciones afectadas. Por ejemplo, en Rusia, la esperanza de vida para los hombres ha pasado de 64'4 años en 1989 a 57'3 en 1994 (es interesante que la de las mujeres, aunque también haya disminuido, lo hiciera a un ritmo mucho más pausado [Sedik, 1996]). En segundo lugar, las personas parecen estar mucho menos dispuestas a establecer compromisos para toda la vida. La tasa

<sup>10</sup> Véase United Nations, *The State of Transboundary Air Pollution*, actualización de 1992, ECE/EB.AIR/34 (1993); European Environmental Agency, *Europe's Environment*, 1995.

de matrimonios disminuyó en toda Europa Oriental durante este período (en Estonia casi se redujo a la mitad), mientras que aumentó el número de divorcios. Finalmente, incluso entre quienes mantienen relaciones, el clima económico actual desincentiva notablemente el pensar en tener hijos. Las tasas de natalidad brutas han llegado a reducirse hasta en un 40% en ciertas zonas de la antigua Unión Soviética, mientras que el número de abortos aumentó en un 50% en Rusia (United Nations, *Demographic Yearbook*, 1993 [1995]).

La transición y los sacrificios que ha impuesto han tenido un considerable impacto negativo en gran parte de la población. Esto es especialmente cierto en la antigua Unión Soviética, donde la mezcla entre la reducción de los recursos y los daños psicológicos ocasionados por la incertidumbre y la inseguridad ha tenido enormes consecuencias sanitarias. No obstante, tales transformaciones no han generado la violencia social que cabría esperar. El aumento de la criminalidad y el voto a los ex comunistas se antojan reacciones relativamente leves ante el derrumbamiento de las infraestructuras sociales básicas, al menos tal como se aprecia en la antigua Unión Soviética. ¿Cómo podemos explicar esta aparente incoherencia?

Las cifras agregadas y oficiales no logran captar la naturaleza de las economías en transición. Existen tres estrategias de supervivencia principales. En primer lugar, la gente prescinde de ciertas cosas que quizá antes considerara esenciales (por ejemplo, el entretenimiento). En los niveles de renta más bajos, estas renunciadas también pueden incluir la no sustitución de ropa gastada o de artículos del hogar rotos. En segundo lugar, la producción y el consumo de las personas se sitúan fuera de la economía monetaria, mediante prácticas como la de cultivar productos alimenticios, hacer reparaciones uno mismo o recurrir al trueque para contratar servicios. La tercera estrategia consiste en trabajar en la economía sumergida. Aunque ésta puede ser muy importante, sólo entre el 15 y el 30% de la población (según los países) participa en estas actividades (Rose, 1993, p. 424).

Una de las consecuencias inesperadas e irónicas de la transición es que ha aumentado la parte de la población que depende directamente de las ayudas estatales para sobrevivir. En la República Checa y en Polonia, el porcentaje de personas que recibe asistencia social se duplicó entre 1989 y 1994; en Hungría se triplicó y en Bulgaria se multiplicó por 23 (UNICEF, Centro Internacional para el Desarrollo Infantil, *Third Monitoring Report, Income Distribution and Poverty*, anexo). Europa Oriental conserva algunos de los programas de gasto social más generosos del mundo (medidos según el porcentaje del PIB que consumen), y hay pruebas de que esta tendencia ha *aumentado* desde 1989.<sup>11</sup> Aunque algunos autores han señalado que esto supone una debilidad esencial para las transiciones y censuran los «vestigios populistas del pasado», también se podría indicar que las transiciones han sido relativamente tranquilas

<sup>11</sup> En Polonia, el porcentaje se ha duplicado en seis años (*Transition*, 1995b, p. 7). Véase también el artículo de Jeffrey Sachs (*Transition*, 1995a, pp. 1-4).

precisamente por estas ayudas. El Estado del bienestar (aunque esté bastante raído) ha hecho posible el mercado.

### LA DESIGUALDAD

No debería sorprender que la súbita aparición de mecanismos de mercado en sociedades que, al menos oficialmente, habían impuesto la igualdad, generara cada vez más divisiones socioeconómicas. El conjunto de Europa Oriental ha sido testigo de un aumento de los niveles de desigualdad, al menos por lo que respecta a las medidas oficiales de renta (*Gráfico IX*).<sup>12</sup>

Las diferencias entre los países son notables, puesto que parece haber una correlación positiva entre desigualdad y relativa lentitud en la implantación de reformas de mercado. Por ejemplo, los países que han registrado un aumento más espectacular de la desigualdad son Rusia y Bulgaria (si se tienen datos no sistemáticos también se podría incluir Rumanía), pero en estos países es donde menos han progresado las reformas del mercado. Entre los países más occidentales, Hungría parece contar con los niveles más altos de desigualdad, seguida de Polonia y la República Checa (Vecernik, 1995, p. 4). Aquí el orden causal no está claro y merece un estudio más detallado. ¿Acaso una transición rápida a la economía de mercado produce menos desigualdades o es una distribución más equitativa lo que sustenta la transición a ese mercado? ¿O son ambas situaciones consecuencia de legados históricos?

Uno de los signos de los tiempos que corren ha sido la profundización del abismo que separa a unas profesiones de otras. De nuevo, si observamos únicamente los salarios oficiales, está claro que quienes trabajan en el sector financiero han mejorado tremendamente su situación, mientras que otros (en comparación con la media nacional) se han mantenido en la misma posición relativa. Ahora, en todos aquellos países de los que hay datos, el personal financiero constituye (como media) un 50% más que el de cualquier otro sector económico. Al mismo tiempo, el número de empleos en este área ha aumentado exponencialmente.<sup>13</sup> De este modo, Europa Oriental está experimentando su propia versión de los Estados Unidos en los años ochenta. En este sentido, una de las principales preocupaciones no es sólo la creciente desigualdad, sino el tipo de actividad que se está recompensando. Esta distribución confirma las peores sospechas que muchos albergaban: el capitalismo es ilegítimo y consiste en «comprar y vender aire».

<sup>12</sup> Es evidente que tales medidas calibran a la baja las desigualdades reales antes de 1989, cuando había tantas cosas que dependían de niveles de acceso y de privilegio incommensurables. No obstante, también pueden restar importancia a las desigualdades actuales, ya que, casi por definición, no incluyen las actividades de la economía sumergida. El problema se complica con el declive casi universal del porcentaje de renta que representan los salarios. Ese declive suele asociarse con la reducción de la capacidad de consumo de los asalariados. Sin embargo, también hay que señalar que el porcentaje que representa a los trabajadores por cuenta propia también ha aumentado en muchos casos. Es demasiado pronto para determinar si el desplazamiento hacia el autoempleo está produciendo una marginación de los pobres o la creación de una pequeña burguesía.

<sup>13</sup> Según los datos disponibles en los anuarios estadísticos nacionales.

Está claro que la edad ha sido un factor clave a la hora de determinar el éxito relativo en la transición. Dentro de una espiral inflacionaria y sin los anteriores privilegios avalados por el Estado, puede ser algo desastroso para los pensionistas que dependen de rentas fijas. Hay datos de la UNICEF que indican que la capacidad de compra de las pensiones se ha reducido en casi todos los países. Cualquiera que haya visitado la antigua Unión Soviética y haya contemplado las colas de ancianas vendiendo una sola cabeza de ajo en el frío invierno se preguntará cuáles son las ventajas del nuevo orden. No es sorprendente que se pueda encontrar a esa misma gente en las concentraciones del Partido Comunista portando retratos de Stalin. El espectacular aumento de los intentos de suicidio entre los mayores de 50 años que se ha registrado en algunos países también indica que la desesperación rebasa las fronteras de la antigua Unión Soviética.

Al igual que ocurre en los Estados Unidos, a las mujeres y a los niños pequeños les ha tocado cargar con una parte desproporcionada de la crisis. En Rusia, las familias con algún hijo menor de 6 años tenían un 50% más de posibilidades de ser pobres que la media nacional. Era mucho más probable que los hogares monoparentales (el 90% encabezados por mujeres) fueran considerados oficialmente pobres que otros tipos de familias. Como se ha señalado en relación con los datos salariales, los sectores agrícolas también tenían más posibilidades de ser pobres (*Transition*, 1995c, p. 7). En otros países de Europa Oriental hay diferencias considerables respecto a la importancia relativa que tienen las cualidades del «mercado» (la educación, por ejemplo) en comparación con las «demográficas» (como el género) a la hora de determinar la renta. En Hungría y Polonia, los factores de mercado parecen ser los más importantes. No obstante, en total, tanto la edad como el género tuvieron un papel importante (Vecernik, 1995, p. 32).

Las mujeres también se están llevando la peor parte en cuanto al desempleo. Sus tasas de paro son siempre mayores que las de los hombres (aunque no por mucha diferencia en la República Checa) y este desfase está aumentando en la mayoría de los casos (ILO, *Yearbook of Labour Statistics*, 1994). En Ucrania se calcula que el 90% de los nuevos parados son mujeres (informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Ukraine Human Rights Practices 1994* [marzo de 1995]); en Bielorrusia, el 80% de los desempleados son mujeres (Gryaznova, 1994); en la antigua Alemania del Este, el 66% (informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Germany Human Rights Practices 1994* [marzo de 1995]). En Rusia, las mujeres constituían el 78% de los parados registrados oficialmente a mediados de 1992 (United Nations Economic and Social Council, 1994, p. 13). Hungría supone una interesante excepción, el desempleo crece pero a un ritmo menor entre las mujeres que entre los hombres, aunque no se cree que esta tendencia vaya a continuar (Hrubos, 1994).

En muchos países, la desigualdad en razón del género es un legado del sexismo anterior a 1989 (United Nations Economic and Social Council, 1994, p. 16), pero las transformaciones también han tenido un impacto negativo. Desde 1989, por ejemplo, las mujeres han desaparecido prácticamente de sus funciones

—al margen de que fueran decorativas— en los gobiernos comunistas.<sup>14</sup> A las mujeres también les afecta especialmente la reducción del acceso a las guarderías, puesto que existen menos instalaciones de este tipo. Esto ha supuesto un aumento espectacular de las funciones «asistenciales» realizadas por mujeres, pero con muchas menos prestaciones estatales para la infancia y la familia. El valor real de tales subvenciones ha venido disminuyendo de forma regular en casi todos los casos, salvo en Polonia (United Nations Economic and Social Council, 1994, p. 17). Las mujeres también han de enfrentarse a una retórica política que las insta a regresar al hogar, aunque muchas siguen trabajando por pura necesidad económica. No obstante, estas transformaciones han ido acompañadas de una ausencia casi total de protestas femeninas organizadas.

Uno de los grupos a los que no les ha ido del todo mal durante la transición es la *nomenklatura*. Como muchos habían pronosticado, sus integrantes ha sido capaces de utilizar el capital cultural y social derivado de sus puestos anteriores para sacar provecho en las nuevas circunstancias. Existe mucho debate sobre qué componentes de la antigua clase dominante se han convertido en la «nueva burguesía» y cuáles han sido los mecanismos precisos que han utilizado para conseguirlo.<sup>15</sup> No obstante, los datos indican que, en general, quienes ocupaban puestos de categoría y privilegiados han logrado mantenerlos relativamente, o que su situación sólo se ha deteriorado un poco. Entre las excepciones se encuentran los que, por estar demasiado asociados con funciones del *antiguo régimen*, fueron incapaces de dar un giro con éxito, o los que carecían de contactos con los que crearse una nueva vida (por ejemplo, los profesores universitarios de marxismo-leninismo en provincias o algunos oficiales del ejército). Una de las diferencias que se ha analizado es la existente entre las «viejas élites» (los «curritos» del partido) y la «nueva tecnocracia» (los dirigentes), a la que le ha ido mucho mejor. Sospechamos que las próximas investigaciones demostrarán que existe una correlación negativa entre la distancia respecto a los medios de producción y la capacidad de transformar el «antiguo» capital en otro «nuevo». En este sentido, probablemente los gestores de empresa hayan tenido mejor suerte que los *aparatchiks* ministeriales de rango medio.

#### LA CULTURA

¿Qué significan todos estos cambios para los ciudadanos de estos países? Si 1989 dio el golpe de gracia a cualquier posible atractivo que pudiera tener el socialismo, quizá la década posterior signifique algo similar para la democracia y el mercado, al menos en el antiguo bloque comunista. Aunque cualquiera podía esperar que se produjera un desencanto después de la euforia revolucionaria, los

<sup>14</sup> En la mayoría de los países comunistas, el Estado asignaba una cuota del 30% de los escaños parlamentarios a las mujeres, que ahora ha sido eliminada. En las últimas elecciones, las mujeres han obtenido menos del 15% de los escaños en todos los casos, excepto en Alemania, e incluso menos del 5% en varios países.

<sup>15</sup> Véase Szelényi y Szelényi, 1995. Véase también el debate sobre la suerte de los cuadros chinos que aparece en «Symposium on Market Transition» (1996).

datos indican que en amplias capas de la población hay grandes dudas sobre las ventajas del cambio. En abril de 1995, el 67% de los encuestados rusos calificaba positivamente el sistema político y económico *anterior a la perestroika*, mientras que sólo el 26% tenía una impresión favorable del actual (Rose, 1995, p. 39). Los datos de comienzos de los años 90 también indican que, al menos en algunos países no soviéticos, el apoyo a ciertos aspectos del mercado y de la propiedad privada no eran en absoluto arrollador (McIntosh et al., 1994). El único país en el que el sistema actual recibía una respuesta favorable por parte de la mayoría de los encuestados era la República Checa (Rose y Haerpfer, 1994a, p. 15).

En casi todos los casos hay sectores numerosos de la población que siempre han mostrado su escepticismo hacia las ventajas de la democracia (*Gráfico X*). Es evidente que «democracia» significa cosas diferentes en cada país. No obstante, a pesar de los horrores y estupidez indiscutibles de los antiguos regímenes, en Europa Oriental hay mucha gente que, en concreto, no está contenta con el sistema político que ha venido después. Sin embargo, a pesar de estas dudas, la mayoría de la población parecía confiar hasta cierto punto en la permanencia de las instituciones parlamentarias (Rose y Haerpfer, 1994a). De hecho, puede que sea precisamente esta confianza la que haya permitido el retorno de una izquierda ahora «carente de colmillos».

También ha disminuido considerablemente el respaldo al mercado en los últimos seis años (*Gráfico XI*). Para muchos europeos del este, el capitalismo era una forma de vida relacionada con los medios de comunicación occidentales. Como la economía centralizada no lograba producir muchos productos básicos, la promesa de un consumidor satisfecho debía de ser bastante seductora. Sin embargo, la realidad comportaba una gran disciplina en la producción y recortes fiscales. El efecto que esto ha tenido en la vida de las personas es evidente en el giro espectacular que aparece en las actitudes hacia el mercado. La tensión con la que viven muchas de estas poblaciones también puede influir en dichas actitudes. Cuatro quintos de los búlgaros y de los checoslovacos, y dos tercios de los rusos señalaban que temían perder su empleo (Rose, 1993, p. 438).

Una importante causa de desencanto ha sido la percepción de que ha aumentado la desigualdad. Aunque esta crítica ya aparecía al principio de la transición, se ha disparado en todos los países (Vecernik, 1995, pp. 13-15). Hay varios factores que puede explicarla. En primer lugar, muchas personas han sufrido (o percibido) una movilidad social descendente: la perspectiva de mejorar se ha convertido en la desilusión del fracaso. En segundo lugar, los nuevos ricos se han hecho cada vez más visibles y puede que haya disminuido el placer indirecto de contemplar objetos de lujo. En tercer lugar, después del redescubrimiento de la derecha en 1989, en muchas de esas poblaciones se está produciendo un movimiento de péndulo que las devuelve a la izquierda y al apoyo a partidos que prometen retomar algunos aspectos de los «viejos / malos tiempos». Al igual que ocurre en relación con otros asuntos, la población checa es la que parecía más próxima a la norma de Europa Occidental, mientras que la de los países de la CEI es la que mostraba el resentimiento más acusado.

¿Pueden sobrevivir en ese entorno los mercados y la democracia? Uno de los signos positivos es que al menos en algunos países se mantiene la expectativa de mejorar en el futuro.<sup>16</sup> Una vez más, la República Checa parecía tener las opiniones más optimistas, mientras que los países de la antigua Unión Soviética tenían las peores. La encuesta realizada por uno de los autores de este artículo indicaría que la interpretación global de lo que significan los cambios todavía está fluctuando, por lo menos en Rusia (Centeno y Kaple, 1994). En general, la conclusión más sorprendente es la aparente falta de coherencia ideológica y las contradicciones constantes. La gran mayoría de los encuestados, ya sea al discutir ideales económicos o políticos, no parece ser partidaria de ningún programa ideológico concreto. Aunque muestren su lealtad a una determinada idea, con frecuencia se contradicen al mostrarse a favor de ciertos aspectos de un sistema opuesto. Los rusos parecen querer un mercado sin riesgos, un capitalismo sin ricos, una igualdad con calidad y una democracia con dirigentes fuertes y rigurosos. Sospechamos que estas aparentes discrepancias ocultan una lógica política y económica que no puede definirse a través de las respuestas dadas a una única pregunta, sea la que sea. Corresponderá a investigaciones futuras definir el marco moral subyacente y documentar los cambios que conlleva. Esta transformación cultural será la que determine la suerte de la transición.

Lo más preocupante es que muchas poblaciones carecen de la confianza fundamental en las instituciones y en la sociedad que puede ser un requisito fundamental para la democracia. En ninguno de los países de Europa Oriental aparece un apoyo abrumador a parlamentos, medios de comunicación, iglesias o escuelas. Aunque muchas democracias consolidadas pueden sobrevivir a pesar de tales actitudes, esto no es posible en países que se encuentran en pleno proceso de recreación de su sistema político. Lo que queda es lo que Richard Rose denomina una «sociedad como un reloj de arena», en la que las relaciones entre la cúspide y la base sólo forman un pequeñísimo embudo y donde los contactos personales y las redes anulan las consideraciones de tipo universalista (Rose, 1995).

No obstante, quizá esté menguando el espacio social en el que se puedan desarrollar tales vínculos. Una de las características que parecen compartir todos los países del antiguo bloque soviético es el derrumbamiento de lo que se podría denominar «cultura pública». Aunque ha aumentado el número de periódicos y de libros publicados, las cifras reales de circulación y de venta han disminuido en la mayoría de los casos, y en algunos han llegado a reducirse a la mitad. La asistencia a cines, teatros y museos también ha disminuido (*Gráfico XII*). Naturalmente, estos datos no suponen juicios de valor sobre la calidad de la cultura disponible. Sin embargo, habría que recordar que también hemos asistido a la aparición de los equivalentes mercantiles de cada una de las basuras propagandísticas desaparecidas a partir de 1989. La impresión no sistemática que se podía obtener observando a los vendedores de libros callejeros de Moscú

<sup>16</sup> Esta medida, aún más que las demás, parece ser extremadamente sensible a la redacción de las preguntas, ya que incluso el mismo investigador puede obtener resultados diferentes.

entre 1992 y 1993 indicaría que Judith Krantz vendía más que Ayn Rand, por no hablar de Solzhenitsyn. Puede que ocurra algo parecido en el cine; el relevo no lo han cogido Woody Allen o Ingmar Bergman, sino Arnold Schwarzenegger.

Al margen de cómo se evalúe la calidad de la cultura disponible antes y después de 1989, el espacio en el que se consume ha cambiado drásticamente. Aun presuponiendo que las cifras de asistencia a espectáculos y las de circulación estuvieran siempre infladas, el evidente derrumbamiento registrado en todos aquellos países de los que tenemos datos indicaría que la población ya no sale de casa para su entretenimiento. ¿Cómo se explica esto?

En el caso del cine, por ejemplo, en primer lugar debemos tener en cuenta que, anteriormente, parte de la asistencia se veía condicionada por razones políticas. Es decir, puede que muchos de los espectáculos fueran de asistencia obligada, entre otros para los miembros del partido, o que tuvieran lugar durante las horas de trabajo. En segundo lugar, el precio de las entradas ha llegado a niveles astronómicos. En Polonia y Hungría (países de los que tenemos la información más precisa), el precio de una entrada de cine (según la cotización actual del euro) aumentó en torno a un 500 y a un 900 por cien, respectivamente (Bobnak). En tercer lugar, hay muchas menos pantallas, ya que salas pequeñas antes subvencionadas por el Estado han cerrado o se dedican a negocios más lucrativos. En cuarto lugar, el aumento, percibido y real, de la criminalidad, así como los enormes cambios que ha sufrido la situación financiera actual —y la que se espera tener— han reducido la probabilidad de salir de noche. En quinto lugar, hay muchas personas que disponen de mucho menos tiempo libre, ya que necesitan hacer trabajos extra o ya no pueden faltar a su empleo tanto como estaban acostumbrados. Finalmente, la nueva oferta televisiva proporciona muchas más posibilidades de ocio en el hogar.

Este último aspecto es el que deseamos subrayar. 1989 transformó la televisión.<sup>17</sup> No sólo las emisoras oficiales disponen de programas diferentes y más variados, sino que el aumento del número de canales privados ha incrementado notablemente la gama de opciones disponible. Por ejemplo, ahora los checos pueden elegir entre un canal nacional, tres privados y un mínimo de dos de pago. Quizá lo más importante sea que un número considerable de hogares dispone de vídeo. Entre los países donde la penetración ha sido mayor figura Polonia, con un 48%, pero incluso en Rumanía se registraba un 21% (Bobnak). Esta situación, junto a la presencia de una riada de cintas piratas a bajo precio, hizo posible que el típico hogar de Europa del Este aumentara sus posibilidades de entretenimiento sin tener que participar en el conjunto de la sociedad civil.

A pesar de las considerables ventajas que esto supone, puede que merezca la pena plantearse qué es lo que se está perdiendo. ¿Puede Europa Oriental permitirse la atomización social cuya existencia tantas veces se señala en los Estados Unidos? Especialmente preocupante resulta la posibilidad de que este aumento de la privatización del entretenimiento se combine con la desconfianza que

<sup>17</sup> Véase Sparks y Reading, 1994.



parece estar calando en esas sociedades, y que la mezcla imposibilite la creación de una base cívica con la que constituir con éxito la democracia o el mercado.

### CONCLUSIÓN

¿Qué nos dicen todas estas tendencias sobre el proceso de democratización y de desarrollo del mercado? ¿Cómo pueden compararse con otros casos? Las transiciones a la democracia y al mercado en América Latina fueron anteriores en varios años a las de Europa Oriental. Los nuevos gobiernos democráticos latinoamericanos, en gran medida como en Europa, tuvieron que imponer medidas de austeridad a la población durante las principales crisis económicas. La economía latinoamericana no creció en los años ochenta y, en la mayoría de los casos, la renta per cápita menguó realmente. El porcentaje de hogares considerados pobres o indigentes aumentó en casi todos los países y en otros (por ejemplo en Argentina) se duplicó. El aporte calórico se redujo y, aunque no disponemos de datos comparativos sistemáticos, el consumo de alimentos básicos también parece haber disminuido. Lo más sorprendente es que las desigualdades de renta aumentaron de forma considerable.<sup>18</sup>

No obstante, al comparar ambas regiones, quizá lo más extraordinario sea descubrir hasta qué punto algunos de los países de Europa Oriental han logrado capear una tormenta política y económica mucho más violenta sin incurrir en los enormes descensos del nivel de vida que se aprecian en América Latina (*Cuadro II*). Las economías de la segunda zona no sufrieron declives económicos expresados con dos dígitos y hay algunos que han llegado incluso a registrar crecimientos espectaculares en la década de 1990; no obstante, sin duda las consecuencias sociales de las crisis latinoamericanas fueron peores, porque *se concentraron mucho más en una parte de la población*. Aunque datos agregados como la esperanza de vida no reflejen el impacto social de la «década perdida» de América Latina, nadie puede negar el impacto devastador que ésta tuvo en la mitad de la población menos favorecida. Aunque, según los criterios habituales, las economías de Europa Oriental estaban mucho menos «desarrolladas» que las latinoamericanas, la miseria de Río o de Lima no se ve en Sofía, no digamos en Praga.

Las excepciones a esta pauta indican la existencia de un factor potencialmente importante que, en general, no se ha tenido en cuenta al abordar las transiciones desde un punto de vista «macro». Los países latinoamericanos que presentan niveles relativamente bajos de desigualdad (Costa Rica, Uruguay o Chile) consiguieron pasar los años más difíciles sin que se redujera drásticamente la cesta básica nutricional o la provisión de servicios sociales. Por el contrario, en los de Europa del Este que han sufrido el mayor índice de desigualdad, la transición ha supuesto sufrimientos constantes y un visible deterioro social. Rusia es el ejemplo prototípico: sigue siendo un desastre económico (lo que un conocido nuestro denominó «el rastro»), mientras los gángsteres vulneran

<sup>18</sup> Para acceder al mejor análisis de los costes que tuvieron las nuevas políticas económicas en América Latina, véase Lustig, 1995. Véase también Altimir, 1994, y CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe*, 1994.

el imperio de la ley y la esperanza de vida se derrumba. Los peores elementos de las estructuras sociales latinoamericanas parecen haberse importado *en masa*: la corrupción de unos pocos y la marginación de muchos.

La comparación entre unos y otros casos proporciona tres importantes lecciones sobre las transiciones. En primer lugar, es imposible prescindir de la historia. En Europa Oriental, décadas de políticas sociales equitativas sentaron las bases para que la crisis fuera menos dolorosa que en algunos países latinoamericanos. En conjunto, las regiones más occidentales del antiguo bloque comunista han tenido mucho más éxito a la hora de crear infraestructuras sociales, educativas y sanitarias que sus supuestos jefes de Moscú. Esos cimientos les han proporcionado una importante red de seguridad con la que proteger a los millones —literalmente— de personas que el mercado ha dejado de lado. La transición hacia una democracia y una sociedad de mercado de carácter estable será mucho menos problemática en aquellos países que hayan proporcionado unos mínimos a la sociedad.

En segundo lugar, el Estado desempeña un papel crucial que no suele tenerse en cuenta en las prisas por llegar al mercado, y que tiene poco que ver con el tipo de régimen. No apreciamos una correlación entre autoritarismo y desarrollo económico. El régimen de Meciar tiene poco que ver con el auge de las exportaciones eslovacas, y ni Iliescu ni Nazarbayev han garantizado el crecimiento económico a sus países. Lo que parece esencial para una transición es un Estado lo suficientemente fuerte como para mantener el control sobre el mercado (como árbitro, no como propietario), conservar ciertas políticas asistenciales y asegurarse de que el caos no se convierte en un miedo cotidiano.

Para terminar, podemos decir que la diversidad de experiencias y resultados, tanto entre los países como dentro de cada uno de ellos, deja claro que no estamos ante un proceso único, sino ante una situación en la que participan muchas partes y cuyas consecuencias son diversas. Como ocurre con casi todas las transformaciones históricas, las oportunidades que tienen unos han supuesto sacrificios para otros. Quizá las yuxtaposiciones también sean evidentes: ahora se dispone de más coches, pero de menos plazas en las guarderías; hay financieros espabilados que pueden ganar mucho dinero, pero lo más probable es que las trabajadoras de una fábrica ganen mucho menos.

En el plano internacional, se ha levantado un nuevo muro que, en el norte, comienza en Estonia y que, siguiendo una línea en dirección suroeste, separa a Polonia, Hungría y las repúblicas Checa y Eslovaca de los demás países. Hasta el momento, dichas naciones parecen haber logrado crear economías de mercado viables con tensiones sociales y económicas sorprendentemente reducidas. De nuevo, esto no quiere decir que minimicemos las luchas de muchas de esas sociedades, sino que, considerando el salto que se está dando, los ajustes son relativamente pequeños. Al otro lado de esta línea divisoria, la transición tiene que producir todavía una alternativa coherente. Estas economías se han reducido y sólo ahora comienzan a registrar un nuevo crecimiento. También son aquellas en las que se ha registrado un grado de desigualdad más acusado y donde la democracia sigue siendo más frágil.

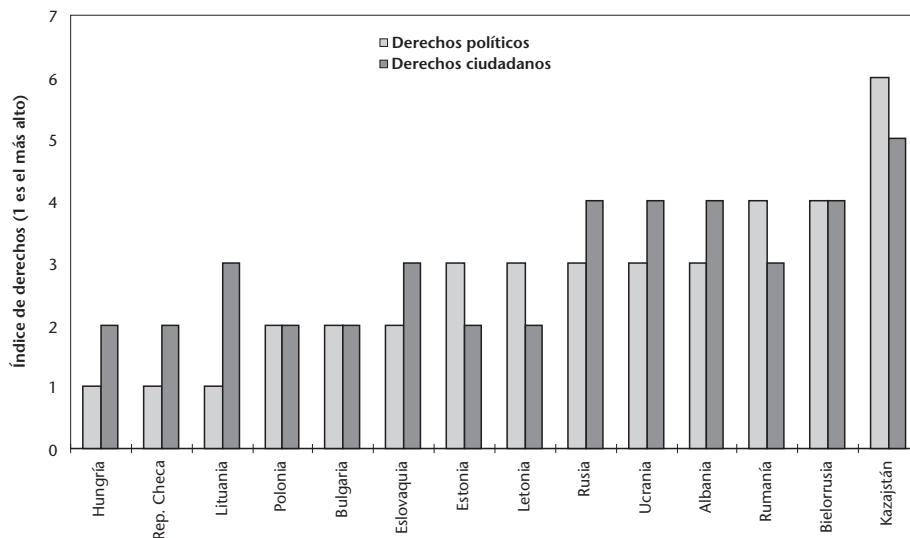
**CUADRO I**  
**RESUMEN ELECTORAL**

- ▶ **ALBANIA:** el Partido Socialista de Albania, que ocupaba el gobierno, fue derrotado en las elecciones generales de 1992 y cedió el poder al Partido Democrático de Albania. Las elecciones de 1996 quedaron invalidadas por el boicot de la oposición y un fraude evidente.
- ▶ **BIELORRUSIA:** hasta 1994 estuvo regida por el parlamento elegido en 1990. El primer ministro Kebich fue derrotado por Lukashenka, candidato opositor. Las incompletas elecciones legislativas de 1995 permitieron al Consejo Supremo, dominado por los comunistas, mantener su poder más allá del plazo previsto.
- ▶ **BULGARIA:** en 1991 la coalición Unión de Fuerzas Democráticas (UFD) ganó las elecciones parlamentarias. En 1992, el ex comunista Zhelev vence en las presidenciales y, posteriormente, la UFD es sustituida por otra coalición opositora. Las elecciones generales de 1994 dan la victoria al antiguo partido comunista.
- ▶ **REPÚBLICA CHECA:** el gobierno posterior a 1989 es sustituido en las elecciones de 1992 por el Partido Cívico Democrático, dirigido por el primer ministro Klaus.
- ▶ **ESTONIA:** el primer gobierno electo es sustituido en 1992. La coalición gobernante es derrotada en las elecciones de 1995, que gana una coalición formada por conservadores y antiguos comunistas.
- ▶ **HUNGRÍA:** las primeras elecciones se celebran en 1990. El gobierno del Foro Democrático Húngaro (FDH) es derrotado en las elecciones de 1994 por los ex comunistas.
- ▶ **KAZAJSTÁN:** Nazarbayev, el único candidato, gana las elecciones presidenciales de 1991. Posteriormente, la asamblea legislativa dimite. En 1994, Nazarbayev gana con el 95% de los votos un referéndum que le permite extender su mandato hasta el 2000.
- ▶ **LETONIA:** las elecciones de 1993 dan la victoria al partido del gobierno. Las locales de 1994 ponen de manifiesto una gran oposición.
- ▶ **LITUANIA:** los *sajudies* (del Movimiento Lituano para la Reconstrucción) que ocupan el gobierno, son derrotados por los ex comunistas en las elecciones de 1992. Un antiguo comunista gana las presidenciales de 1993. Tienen que celebrarse elecciones parlamentarias en 1996.
- ▶ **POLONIA:** las elecciones presidenciales de 1990 dan la victoria a Walesa. Las legislativas de 1991 sustituyen a Solidaridad por un gobierno de coalición. Excelentes resultados de los antiguos comunistas (la Alianza Democrática de Izquierda, ADI) en las legislativas de 1993. Kwasniewski, candidato de la ADI, gana las presidenciales de 1995.
- ▶ **RUMANÍA:** Iliescu gana los comicios de 1990 (en los que se denuncian muchas irregularidades). Los de 1992 le ratifican en el poder a él y a su partido (el Frente de Salvación Democrática Nacional, FSDN).
- ▶ **RUSIA:** después de la detención de antiguos líderes parlamentarios realizada por Yeltsin, las elecciones legislativas de 1993 muestran el apoyo con que cuenta la extrema derecha y los antiguos comunistas. A mediados de 1994 en la Duma no existen coaliciones coherentes. En las elecciones de 1995 quienes más votos recaban son los ex comunistas y la derecha. El partido en el poder recibe menos del 10% de los votos. Elecciones presidenciales en 1996.
- ▶ **ESLOVAQUIA:** la coalición de Meciar gana las primeras elecciones después de 1989. En 1994 un voto de censura le aparta del poder, pero accede de nuevo a él en las elecciones celebradas a finales del mismo año.
- ▶ **UCRANIA:** en el parlamento de 1990 ocupaba un espacio considerable el bloque reformista. Kravchuk es elegido presidente en 1991, pero Kuchma le derrota en los comicios de 1994. Las elecciones parlamentarias del mismo año producen una coalición de gobierno de izquierdas.

		ECONOMÍA		SANIDAD		DESIGUALDAD DE RENTA			
		PNB p.c. 1994	Crecimiento 1990-1994	Mortalidad 1993	Mortalidad infantil 1993	Esperanza de vida 1993	20% más ricos	20% más pobres	40% más pobres
		1994	1990-1991	1993	1993	1993	PROMEDIO ÚLTIMO AÑO/MILES DE MILLONES		
<b>AMÉRICA LATINA</b>									
Argentina	8,060	2,45	27	24	72	51	5	14	
Bolivia	770	1,10	114	73	60	48	6	15	
Brasil	3,370	1,21	63	57	67	68	2	7	
Chile	3,560	1,63	17	16	74	60	3	10	
Colombia	1,620	1,32	44	36	69	56	4	11	
Costa Rica	2,380	1,38	16	14	76	51	4	13	
Ecuador	1,310	1,34	57	49	69	50	4	13	
México	4,010	1,56	43	35	71	46	6	16	
Paraguay	1,570	1,40	46	37	70	48	6	15	
Perú	1,890	1,89	92	63	66	50	5	14	
Uruguay	4,650	1,76	21	19	72	48	6	15	
Venezuela	2,760	1,04	24	23	72	50	5	14	
<b>EUROPA DEL ESTE</b>									
Albania	360		41	29	72				
Bulgaria	1,160	0,53	19	14	71	39	8	21	
República Checa	3,210	0,92	10	9	71				
Estonia	2,820	0,59	23	16	69				
Hungría	3,840	1,29	17	15	69	34	11	26	
Kazajstán	1,110	0,47	49	29	70				
Letonia	2,290	0,51	26	14	69				
Lituania	1,350	0,39	20	13	70				
Polonia	2,470	1,39	17	15	71	36	9	23	
Rumanía	1,230	0,70	29	23	70				
Federación Rusa	1,910	0,46	31	21	67	48	4	14	
República Eslovaca	2,230	0,72	18	12	71	22	17	36	
Ucrania	1,570	0,57	26	16	69				

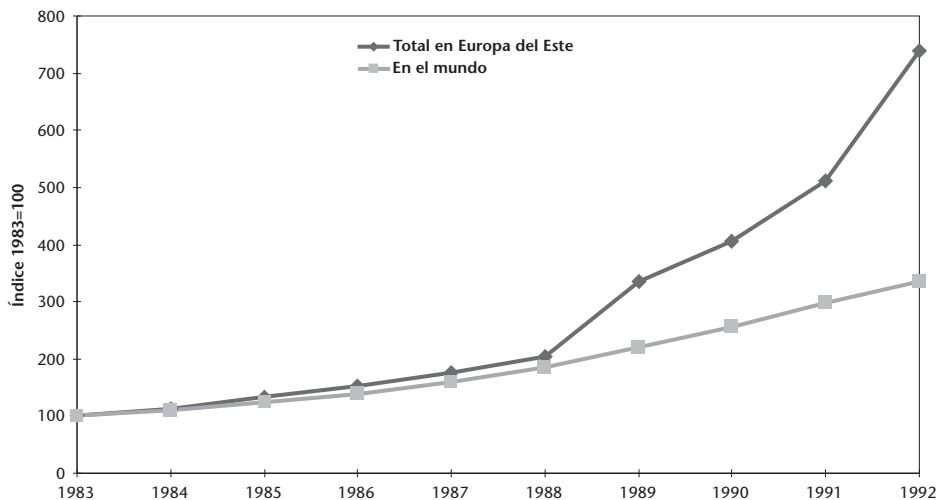
Fuente: Banco Mundial

**GRÁFICO I**  
**DERECHOS POLÍTICOS**



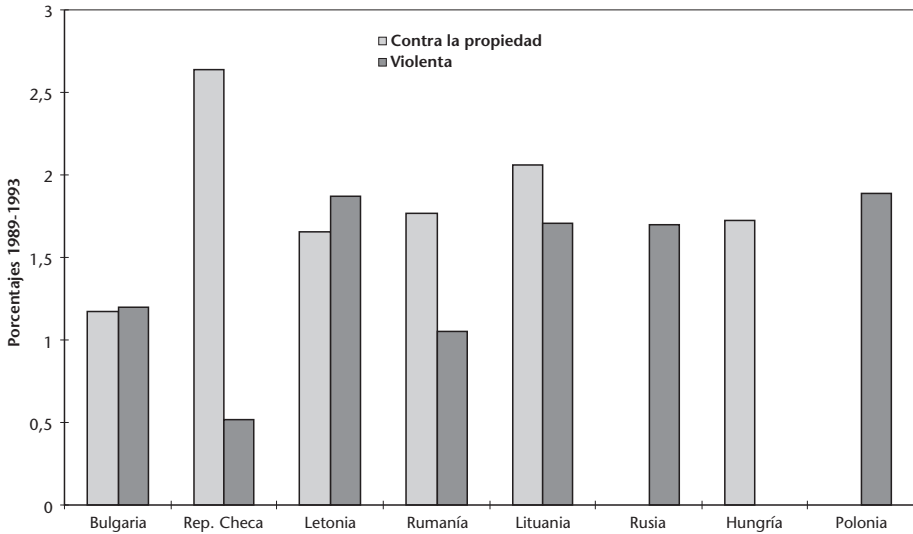
Fuente: Freedom House, *Freedom in the World 1994-1995*.

**GRÁFICO II**  
**CRECIMIENTO DE LOS CONTACTOS INTERNACIONALES**  
**(LLAMADAS TELEFÓNICAS)**



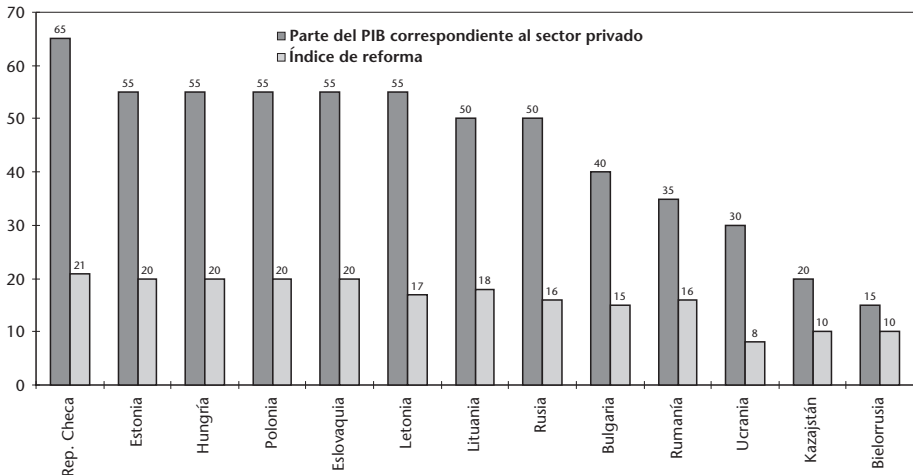
Fuente: ITU (Unión Internacional para las Telecomunicaciones), *Direction of Traffic*. Entre los países figuran Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumanía y la URSS.

**GRÁFICO III**  
**AUMENTO DE LA DELINCUENCIA**



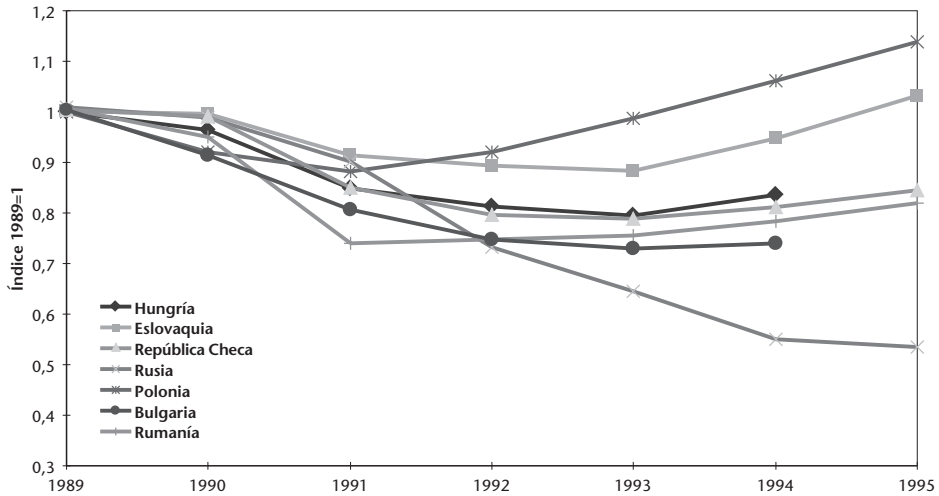
Fuente: Anuarios estadísticos y *Russia and Eurasia Facts and Figures Annual*. La cifra de Hungría se refiere a todos los delitos a partir de 1994.

**GRÁFICO IV**  
**PROGRESO EN LA TRANSICIÓN**



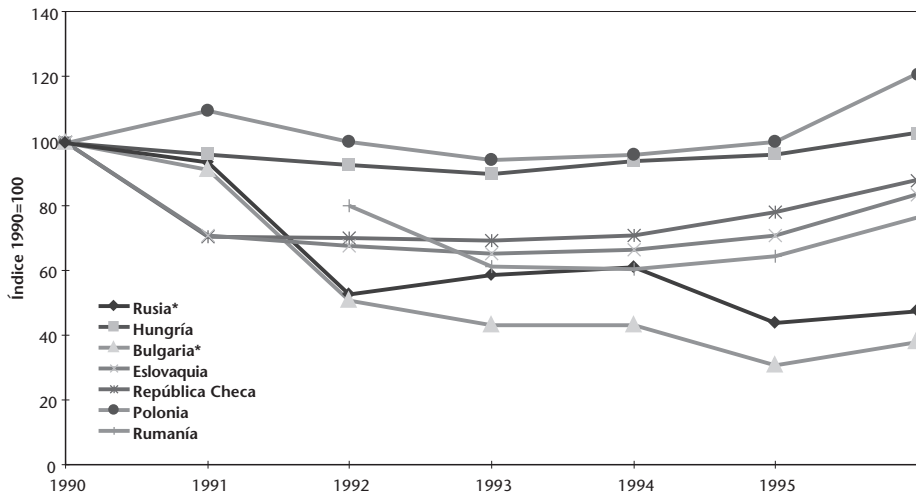
Fuente: Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (EBRD), 1994.

**GRÁFICO V**  
**CAMBIOS EN EL PIB**



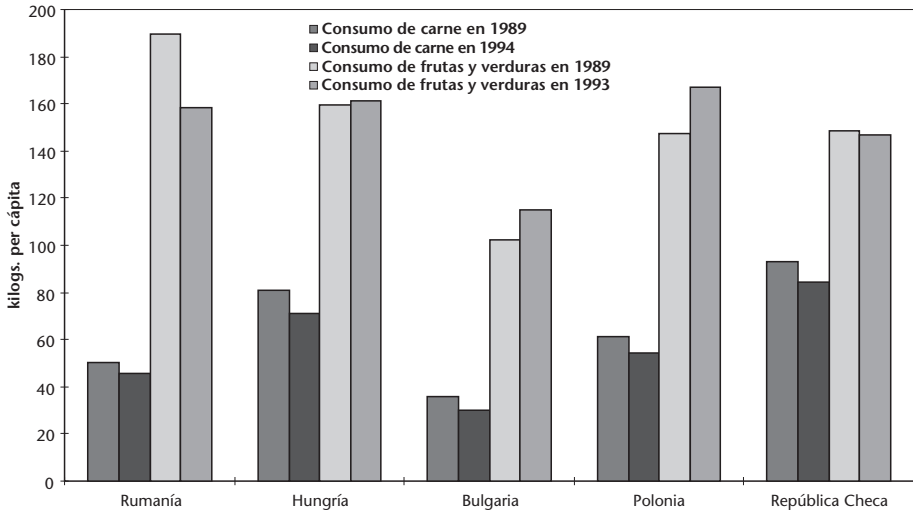
Fuente: PlanEcon.

**GRÁFICO VI**  
**SALARIOS REALES**



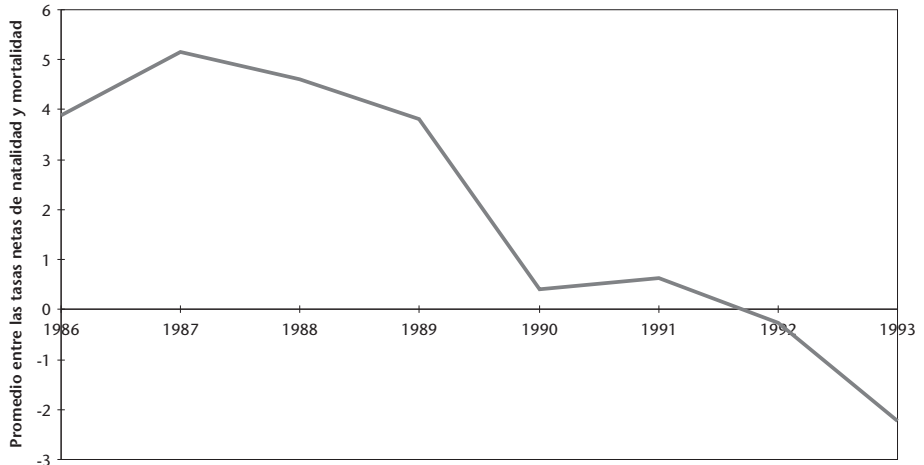
Fuente: PlanEcon.

**GRÁFICO VII**  
**CONSUMO DE ALIMENTOS**



Fuente: Anuarios estadísticos.

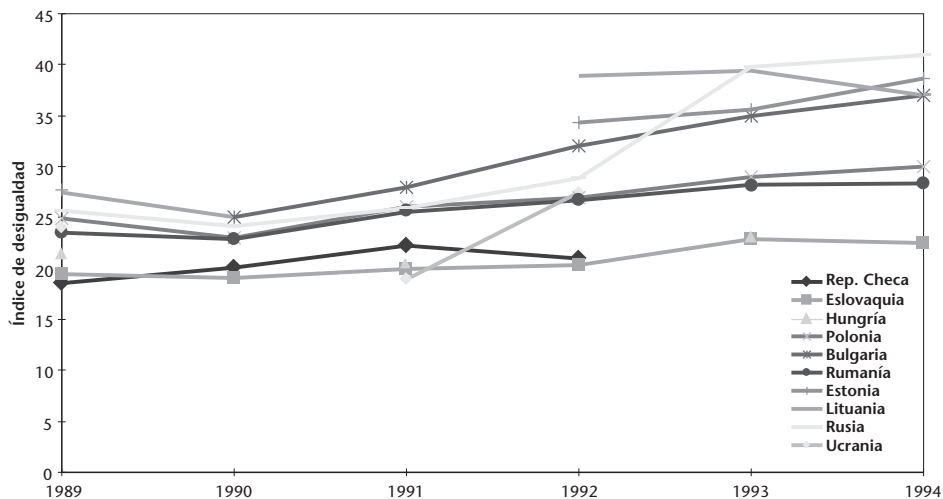
**GRÁFICO VIII**  
**DECLIVE DEMOGRÁFICO EN EUROPA ORIENTAL**



Fuente: *Europa World Year Book 1995*; *Romanian Statistical Yearbook 1994*, y *UN Demographic Yearbook 1993* (1995). El promedio incluye a las repúblicas bálticas, Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Kazajstán, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria. No todos los años incluyen todos los países.

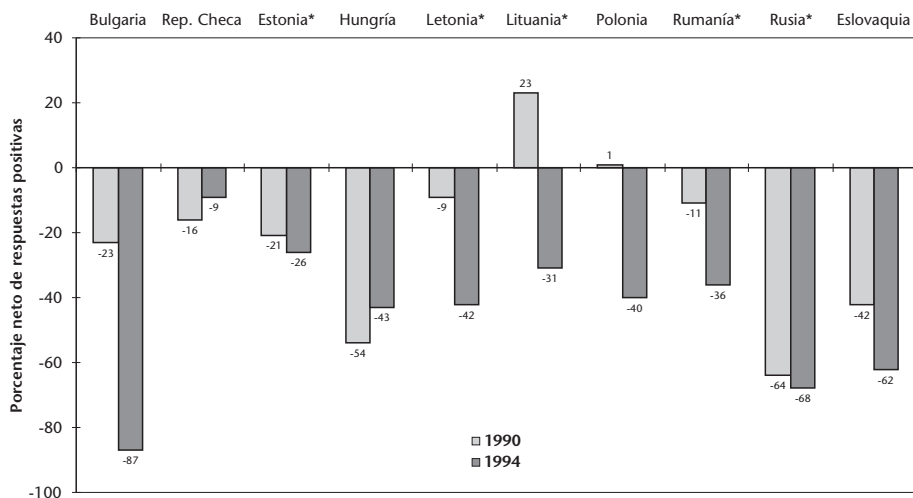


**GRÁFICO IX**  
**INCREMENTO DE LA DESIGUALDAD**



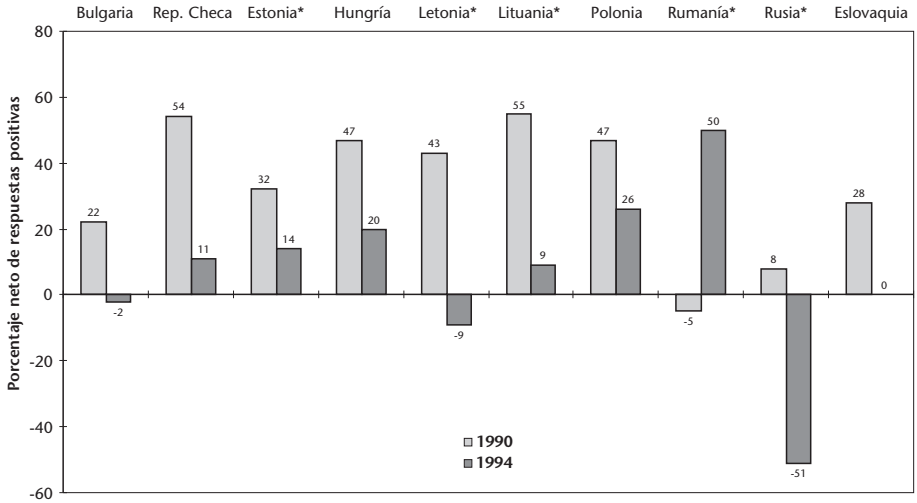
Fuente: UNICEF, Centro Internacional para el Desarrollo Infantil, *Third Monitoring Report, Income Distribution and Poverty*, anexo.

**GRÁFICO X**  
**SATISFACCIÓN CON LA DEMOCRACIA**



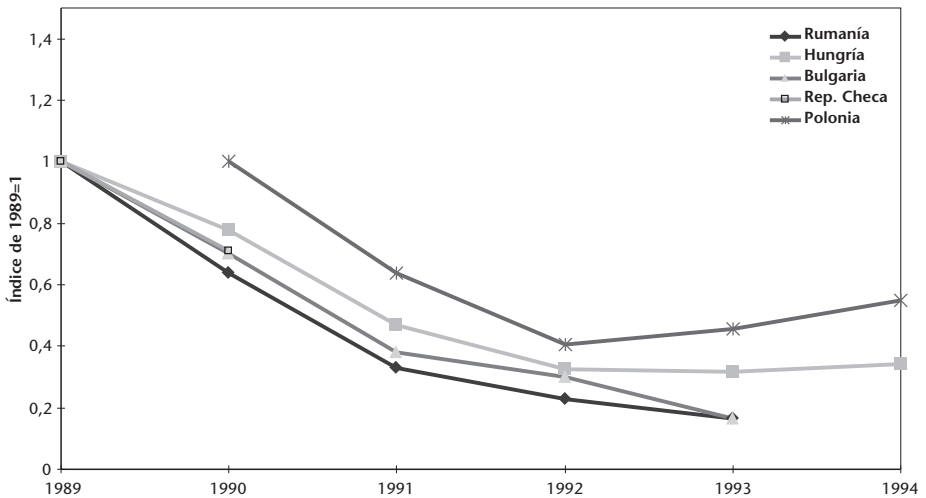
Fuente: *Central and Eastern Eurobarometer*, marzo de 1995. \* indica que las series comienzan en 1991.

**GRÁFICO XI**  
**SATISFACCIÓN CON EL MERCADO**



Fuente: Central and Eastern Eurobarometer, marzo de 1995. \* indica que las series comienzan en 1991.

**GRÁFICO XII**  
**ASISTENCIA AL CINE**



Fuente: Anuarios estadísticos.

Texto publicado originalmente en la revista  
*Social Research* Vol. 63, N° 2 (Verano, 1996) pp. 369-402.

(Traducido por Jesús Cuéllar)

**EPÍLOGO PARA «EL MUNDO QUE HAN PERDIDO»**

**21-6-2002**

En las conclusiones de nuestro artículo de 1996, Tania Rands y yo hacíamos las siguientes observaciones sobre la «Gran Transición» de Europa Oriental: [A] la historia tiene importancia; [B] el Estado desempeña un papel fundamental a la hora de definir la transición al mercado, y [C] preveíamos un aumento de la desigualdad entre los diferentes países y dentro de cada uno de ellos. Dichas observaciones continúan siendo de relevancia en el siglo XXI. Podemos comenzar con la última tendencia, que es la más importante.

En primer lugar, en el contexto internacional, ha aumentado el desfase socio-económico entre los distintos países afectados por las revoluciones de 1989. El nuevo «muro» se extiende desde el golfo de Finlandia hasta el Adriático. En la parte occidental se encuentran las sociedades cuyas transiciones, tanto políticas como económicas, han tenido más éxito. Polonia, Hungría, la República Checa y Eslovaquia han experimentado un considerable crecimiento económico (que lidera claramente Polonia). Desde el punto de vista político, estos países han logrado celebrar múltiples elecciones y el poder ha cambiado varias veces de manos, mientras que sus ciudadanos disfrutaban de libre flujo de información. Los derechos de las minorías continúan siendo una importante excepción dentro de esta evolución positiva general, pero al resto de Europa no le ha ido mucho mejor en ese sentido.

Al este de esta nueva línea divisoria, la situación va desde el estancamiento al caos. En Bulgaria, Rumanía y en todas las antiguas república de la URSS se ha producido un deterioro económico. De los países bálticos, puede que sea Estonia el que se encuentre en mejor situación, gracias sobre todo a su relación con Finlandia, mientras que la economía ucraniana se ha desintegrado (la renta per cápita descendió a un ritmo del 10% anual durante los noventa). Al mismo tiempo, las divisas de estos países han sufrido una permanente inflación de dos dígitos (y a veces de tres). En dichos estados también se han desarrollado las transiciones más difíciles, con situaciones que van desde el derrumbamiento de la autoridad en Albania a la creación de auténticos feudos criminales en Ucrania y Kazajstán. Los derechos de las minorías rusas siguen siendo frágiles en muchos de estos países.

El nivel de vida de la población pone de manifiesto cómo han sido estas transiciones económicas y políticas. Puede que el mejor ejemplo de «occidentalización» sea el de la república ex yugoslava de Eslovenia, cuya frontera con Austria está perdiendo importancia. En la actualidad, los indicadores sociales de Polonia, Hungría, la República Checa y Eslovaquia son prácticamente equiparables a los de la Europa mediterránea. Praga se convirtió en el «París de los 90» y las capitales de estos países cuentan hoy con todos los elementos habituales en las ciudades capitalistas. Lo mismo puede decirse de algunas ciudades del «Este oriental», pero en ellas el deterioro agregado de casi todos los indicadores sociales es bastante considerable. Por ejemplo, entre países situados a uno y otro lado de la línea divisoria, las diferencias en cuanto a las probabilidades de morir al nacer o, como mínimo, antes de cumplir los 60,

llegan a duplicarse en algunos casos. La esperanza de vida de los ciudadanos ex soviéticos ha disminuido varios años.

Las actitudes internacionales hacia estos países reflejan todas esas diferencias. Está claro que Polonia, Hungría y la República Checa han sido los «niños mimados» del mercado global, tanto desde el punto de vista de los dólares como desde el de los turistas. Los tres han recibido enormes cantidades de inversión extranjera (la República Checa ha obtenido un flujo neto anual valorado en el 10% de su PNB). De los antiguos integrantes de la URSS, el petróleo de Kazajstán ha atraído fondos, mientras que la mayoría de los inversores ha evitado Ucrania, Bielorrusia y las zonas de Rusia que no sean las ciudades y las plantas de extracción de gas. A medida que unos pocos afortunados vayan consolidando su pertenencia a diversas organizaciones de «Occidente», los rasgos de esta transición de dos velocidades se irán haciendo aún más acusados.

Se puede decir que los antiguos países socialistas sí comparten ciertas tendencias. Quizá la más espectacular sea la continua caída demográfica, por la que cabe esperar que todas estas sociedades pierdan población durante la próxima década. No obstante, la esperanza de vida relativamente baja evitará que padezcan la crisis del sistema de seguridad social a la que se enfrenta Occidente, que envejece a un ritmo mucho más rápido. La aparición de la economía de mercado (o de su equivalente pirata) también ha creado enormes desigualdades en todas estas sociedades. Evidentemente, establecer comparaciones con la situación previa a 1990 resulta difícil, ya que bajo el comunismo gran parte de las manifestaciones de la desigualdad adquiriría formas no monetarias. De todas maneras, ciertos casos anecdóticos y sus equivalentes estadísticos indican que las recompensas del nuevo sistema no se han distribuido de manera igualitaria y que aumenta la distancia entre clases, sectores económicos, sexos, regiones y localidades. En esta categoría, está claro que el líder es Rusia, donde se registra un índice de Gini de 0'487 (equiparable al de América Latina). La distancia entre el financiero moscovita y el pensionista de Irkukst es inmensa y siempre está creciendo.

Un hábito igualmente preocupante que comparten todos estos países es su continua dependencia no sólo de la inversión de capital extranjero sino de la deuda. Dado el carácter caprichoso de los mercados internacionales, esta continua incapacidad para generar capital de inversión interno sigue constituyendo un grave problema. Aunque ninguno de estos países se enfrenta a una situación tan acuciante por el pago de su deuda como la de Latinoamérica, si continuaran las tendencias actuales podrían surgir dificultades de más larga duración.

La comparación con América Latina es evidente y se ha utilizado en repetidas ocasiones durante la última década. Las pautas señaladas en nuestro primer artículo se han hecho aún más acusadas. A pesar de estar dando pasos políticos y económicos mucho más difíciles que los de América Latina, la mayoría de los antiguos países socialistas ha sobrevivido a los años 90 con una situación mucho mejor. Así es según todos los indicadores posibles, desde el

nivel de vida hasta el comportamiento de la economía, pasando por la estabilidad política. Mientras que las regiones occidentales del Pacto de Varsovia se van pareciendo cada vez más a sus futuros socios en la UE, e incluso lugares como Rumanía y Bulgaria se acercan a niveles más altos, América Latina parece perder terreno o estar defendiéndose a duras penas.

Como se ha indicado anteriormente, uno de los factores más significativos a la hora de explicar tanto las diferencias entre las regiones como las que se producen dentro de ellas es la capacidad que tiene cada Estado de mantener algún tipo de orden político, económico y social. Sin la mano visible del gobierno, las transiciones a la economía de mercado degeneran fácilmente en bazares tiránicos. Más preocupante resulta el aparente peso de la historia. Es decir, a las sociedades que mejor les va en la actualidad son precisamente aquellas de entre las ex socialistas que eran más similares a Occidente antes de 1989. La acumulación de capital social y cultural sí ayuda a determinar el futuro. No obstante, es interesante señalar que quizá las décadas de dominio comunista también hayan hecho una aportación considerable al éxito de las transiciones. Al crear (al menos en muchas sociedades) un contrato social más equitativo y proporcionar a la gran mayoría de la población los artículos básicos que precisaba, puede que el comunismo creara la base necesaria para realizar con éxito una transición al capitalismo. Por su parte, América Latina parece haberse quedado empantanada para siempre en su marasmo decimonónico de castas y desorden. En algunos casos, puede que el socialismo haya sido realmente el camino más corto hacia el capitalismo.